



DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE

SANTIAGO DE CHILE, VIERNES 27 DE SEPTIEMBRE DE 1940

DE NUESTROS REDACTORES.—

La industria del causeo

UN AMIGO MIO que estudió leyes y que se recibió de abogado, me dice, después de contarme que ahora se dedica a la venta de radios:

—¿Sabes tú cuál es el mejor negocio que se puede emprender en Chile? El negocio del causeo.

—¿Cuál es el negocio del causeo?

—El vender sandwiches, salchichas, empanadas, fricandelas, ensaladas de patas, arrollado, todo aquello que se puede vender fiambre y que la gente puede consumir de pie. Y barriles de cerveza, muchos barriles de cerveza... ¿Te has dado cuenta de cómo come la gente en Santiago? Es pavoroso. Hay en el centro fuentes de soda que venden tres y cuatro mil sandwiches diarios. Conozco un español que después de tentar tres o cuatro negocios concluyó por ponerse a vender nada más que sandwiches y cerveza. Está haciendo una fortuna. Tiene un local pequeño en la Alameda y se le ve lleno todo el día. La gente, de pie, apretada como piño, con el vaso en una mano y el sandwich en la otra, mastica y traga desde la mañana hasta la media noche.

—Bueno, pero esa gente que mastica y traga, ¿no tiene casa dónde ir a comer?

Sucesión Manuel Rojas ©

—Sí, tienen; claro que tienen. Pero sospecho que no les gusta la comida hecha en la casa, la cazuela, el estofado, el arroz con papas. Y sospecho eso porque tengo alguna experiencia. Un pariente político mío hombre muy curicso, por lo demás, se refiere un tomate, una cabeza de ajo, un pedazo de charqui y un ají, todo machacado y revuelto, con un buen trago de vino, a cualquier plato de cocina, a un arroz a la valenciana, por ejemplo. Una vez, en mi casa, le sirvieron una ensalada de cebollas con tomate, una sopa de choros y un charquicán. Echó el charquicán y la ensalada a la sopa y se comió todo junto. Se llegaba a saborear con el causeo.

—¿Y esas costumbres?

—¿Esas costumbres? No sé si serán algo indígenas o si en realidad son sólo costumbres campesinas. Pero, en todo caso, son costumbres de gente que no ha evolucionado. ¿No te has fijado en esos señores que suben a los tranvías o a los autobuses, los días sábado, a la una o a la una y media de la tarde, limpiándose los bigotes, cuando los tienen, o chupándose las muelas? Son gente que antes de irse a sus casas pasan al restaurante tal o a la borrachería cual a comerse su pedazo de arrollado, su empanada o su causeo de hocicos todo acompañado de una o dos botellas de vino. Llegan a sus casas, donde los espera su mujer con la mesa puesta y la comida casi fiambre, sin ganas de comer, y miran a la cazuela, al puchero, a las albóndigas o a las papas rellenas, con un desprecio absoluto. Resultado: mayor gasto, desazón de la mujer por su comida rechazada y porque tiene que comer sola, rabia del marido porque su mujer se queja de él. Y mientras tanto, el vendedor de fricandelas, de empanadas, de arrollado, de sandwiches, de hot-dogs, se llena de plata. Decidete; busquemos un local bueno, que es lo más difícil de encontrar, ponemos allí un empleado o empleada de confianza y ganamos plata como mote. La instalación no cuesta gran cosa y la fian toda, desde la maquinilla para hacer caté hasta los mesones. ¿Qué hubo?

—Hombre; no me parece mal la idea de explotar la falta de sentido de hogar de esta gente. Podemos conversar el asunto.

—Pasemos aquí; nos comemos un sandwich, nos tomamos un chop y conversamos.

—¡Fero, hombre!

Manuel ROJAS.